

CARTA XXXVII

Es un canto magnífico, aunque excesivamente rebuscado, a la gloria de los confesores presbíteros Moisés y Máximo y de otros compañeros de cárcel.

(De fines del 250 o quizá de comienzos del 251).

Cipriano a los presbíteros Moisés ³⁴ y Máximo y a los restantes hermanos confesores, salud.

A todos vosotros en conjunto y cada uno en particular, hermanos carísimos, os hizo reavivar en mi afecto al llegar aquí Celerino ³⁵ compañero de vuestra fe y de vuestro valor y soldado de Dios en gloriosas batallas. A todos vosotros os he visto representados en él cuando llegó y os oía a vosotros cuando, dulce y reiteradamente, me hablaba de vuestro amor hacia mí. Me gozo sobremanera cuando tales nuevas me llegan de vosotros por conducto de tales consejeros. También yo estoy de algún modo junto con vosotros allá en la cárcel y me parece sentirme con los carismas del divino favor, yo que de tal suerte estoy adherido a vuestros corazones. Vuestro amor unificante me hace unirme a vuestra gloria y no deja que se rompa esta espiritual afec-ción. A vosotros os tiene ahí encerrados la confesión de la fe; a mí, el amor. También yo, acordándome de vosotros día y noche tanto cuando juntamente con otros hago mis preces en los sacrificios, como cuando en el retiro ruego particularmente, pido el pleno favor de Dios para que lleguéis a ser coronados y ensalzados. Pero para correspon-deros es pequeña mi insignificancia. Más me devolvéis vosotros cuando os acordáis de mí en la oración; vosotros, que esperando ya única-mente las cosas celestiales y con el pensamiento sólo ya en las cosas divinas, subís a las altas cumbres con la misma demora en el padecer el martirio, y no sólo prolongáis íntegras vuestras glorias con la larga sucesión del tiempo, sino que las acrecentáis. Una primera y única confesión hace a un cristiano bienaventurado. Vosotros hacéis una nueva confesión cada vez que, invitados a salir de la cárcel, preferís la cárcel con fe y con valor. Tantas son vuestras glorias como días pasan: cuantos son los meses idos, tantos son los acrecentamientos de méritos. Una vez vence el que padece el martirio de inmediato. Mas el que permaneciendo de continuo en las penas lucha con dolor y no es vendido, cada día es coronado.

Vayan ahora los magistrados y los cónsules o procónsules; que se gloríen en las insignias de su dignidad anual ³⁶ y de sus doce *fases*. A

vosotros os ha sido designada una dignidad celestial con el esplendor de una gloria anual ³⁷ y ha rebasado ya con la ininterrumpida duración de la gloria de la victoria el círculo voluble del año que vuelve a comenzar.

Iluminaba el mundo el sol que nace y la luna siguiente su curso; pero a vosotros os ha servido de luminar en la cárcel el mismo que hizo el sol y la luna, y en vuestro corazón y en vuestras almas la resplandeciente claridad de Cristo disipó con aquella eterna y cándida luz las tinieblas del lugar de las penas horribles y funestas para los otros.

En la sucesión de los meses pasó el invierno; mas vosotros encarcelados reemplazáis la época invernal con el invierno de la persecución.

Sucedió al invierno la suavidad primaveral, alegre por las rosas y coronada de flores. Mas vosotros teníais las rosas y las flores de las delicias del paraíso y las guiraldas celestiales coronaban vuestra cabeza.

El estío es fecundo con la fertilidad de las mieses, y la era está llena de frutos; mas vosotros que sembrasteis gloria segáis el fruto de la gloria y, puestos en la era del Señor, veis que se quema la paja con un fruto inextingible, y encerrados ya como granos limpios, y como trigo precioso, miráis vuestra mansión de la cárcel como si fuera un granero.

Y no falta tampoco al otoño su gracia espiritual para desempeñar sus propios oficios. Los racimos se exprimen fuera y es pisada en las bodegas la uva, que ha de ser de provecho en las copas; vosotros, pingües racimos procedentes de la viña del Señor, racimos con granos ya maduros, pisados con la persecución del siglo, sentís que es vuestra bodega la cárcel que os da tormento, y en lugar de vino derramáis sangre; fuertes para sufrir las torturas, agotáis gustosamente la copa del martirio.

Así ven los siervos de Dios cómo el año da la vuelta. Así se celebra la sucesión de las estaciones con espirituales méritos y premios celestiales.

Muy bienaventurados los que de vosotros, caminando por estos vestigios de glorias, ya se han apartado del siglo y, una vez recorrido el camino de la virtud y de la fe, llegaron al abrazo y al ósculo del Señor, gozándose en ello el Señor mismo. Y no es menor la gloria de vosotros, los que empeñados aún en el certamen y con la intención de

seguir las glorias de los compañeros, continuáis por largo tiempo la lucha y, firmes con fe incommovible e incocusa, ofrecéis a Dios con nuestras virtudes un espectáculo cada día. Cuanto más larga es vuestra pelea, tanto más sublime es vuestra corona; la lucha es única, pero constituida por muchedumbre de batallas. Vencéis el hambre y despreciáis la sed y pisoteáis con vigor de roble la inmundicia de la cárcel y el horror de la mansión de las penas. Ahí triunfáis de los sufrimientos, holláis el tormento mismo, y la muerte no es temida, sino deseada, y es vendida el premio de la inmortalidad, para ser honrado el que venciere, con la vida eterna. ¡Qué ánimo hay ahora en vosotros, qué corazón más sublime, cuán capaz, un corazón en el que se agitan tales y tan grandes aspiraciones y en el que no hay sino pensamientos sobre los preceptos de Dios y los premios de Cristo! En él sólo reina la voluntad de Dios y, aunque todavía en carne, vivís no ya la vida del presente siglo, sino la fe del futuro.

Ahora es ocasión, hermanos dichosísimos, de que os acordéis de mí, de que entre vuestros grandes y divinos pensamientos no falte el recuerdo de mí en vuestro ánimo y en vuestra mente y que tenga un lugar en vuestras preces y oraciones cuando vuestra voz, ilustre por haber sido purificada mediante la confesión y digna de loa por la continuidad de su gloria, penetre en los oídos de Dios y, abierto el cielo para ella, lanzándose desde este mundo por ella sometido a las regiones celestiales, alcance de la bondad del Señor lo que pide.

Pues ¿qué pedís del favor divino que no merezcáis impetrar? Vosotros, los que de tal suerte guardasteis los mandamientos del Señor, los que mantuvisteis la disciplina evangélica con sincera robustez de fe, los que, permaneciendo fuertes en el incorrupto honor de la virtud, con los preceptos del Señor y con sus apóstoles robustecisteis la fe vacilante de muchos con la verdad de vuestro martirio. Testigos en verdad del Evangelio y mártires verdaderos de Cristo, apoyados en sus mismas raíces, fundadas sobre la roca de robusta mole, habéis juntado la disciplina con el valor, habéis incitado a los restantes al temor de Dios, y de vuestros martirios habéis hecho ejemplo para los demás.

Que gocéis siempre de buena salud, fortísimos y muy dichosísimos hermanos, y que os acordéis de mí, es lo que deseo.

CARTA XXXIX

Comunica el Santo a los presbíteros, diáconos y pueblo cartaginés haber ordenado lector a Celerino ³⁸, pero antes en un bello preámbulo, hace un hermoso panegírico de este confesor de la fe, así como de sus antepasados mártires.

(Probablemente de los comienzos del año 251, cuando la persecución iba ya remitiendo su rigor)

Cipriano a sus hermanos presbíteros, diáconos y todo el pueblo, salud.

Han de ser reconocidos y tenidos en mucho, hermanos dilectísimos, los divinos beneficios con que el Señor se ha dignado esclarecer y honrar a su Iglesia en nuestros tiempos, concediendo la libertad ³⁹ a los buenos confesores y a los mártires gloriosos, para que los que confesaron gloriosamente a Cristo, sean después ornamento del clero en los ministerios eclesiásticos. Alegraos, pues, y regocijaos con nosotros, al leer nuestra carta, en la que yo y mis colegas, que presentes están, os comunicamos que Celerino, nuestro hermano, glorioso por su valor, y por sus costumbres, ha sido agregado al clero, no por los votos humanos ⁴⁰, sino por el divino favor. Y como él dudase aceptar el honor, ha sido impedido a no negarse a nuestras instancias por un aviso del cielo en una visión nocturna y por las exhortaciones de la Iglesia. *A aquel que tenía más derecho, la Iglesia le ha forzado, porque no habría sido justo ni decoroso estar sin dignidad eclesiástica aquel a quien de tal suerte le distinguió el Señor con la honra de la gloria celestial.*

Este fue el primero en la batalla de nuestros tiempos; fue el *antesignamus* ⁴¹ entre los soldados de Cristo; éste peleando en los comienzos virulentos de la persecución con el príncipe mismo ⁴² e impulsor de los perseguidores, al vencer con su inexpugnable firmeza de combatiente al adversario, abrió el camino de la victoria a los restantes, vencedor no con unas heridas de muerte súbita, sino en lucha larga y maravillosa, con sufrimientos constantes que no acababan nunca de alejarse. Durante diecinueve días estuvo en la prisión encerrado con cepos ⁴³ y grillos. Mas con el cuerpo entre cadenas, permaneció suelto y libre su espíritu. Su carne quedó consumida con el hambre y la sed tan prolongadas, mas Dios sustentó con espirituales alimentos a quien vivía de la fe y del valor. Entre sus penas, yacía más fuerte que las penas mismas; encerrado, era mayor que sus carceleros; yacente, era más alto que los que estaban en pie; atado, más firme que sus amarra-

dores; juzgado, más mayestático que sus jueces, y aunque sus pies estaban ligados por el cepo, fue aplastada y vencida la serpiente que llevaba cubierta la cabeza con el yelmo ⁴⁷. Lucientes están en su cuerpo glorioso las brillantes señales de las heridas, las huellas impresas de éstas resaltan y se dejan ver en los nervios y en los miembros de este hombre, secos por la larga consunción.

Son cosas grandes, con cosas admirables las que, acerca de sus virtudes y de sus glorias, puede oír esa comunidad de hermanos. Si alguno hubiese semejante a Tomás que no crea del todo por lo que escucha, no falta el testimonio de los ojos, para que todos puedan ver lo que oyen. En este siervo de Dios la gloria de las heridas dio la victoria, y el recuerdo de las cicatrices mantiene la gloria.

Y no es de ahora ni nuevo en nuestro carísimo Celerino el título de sus glorias. Sigue las huellas de su parentela; se hace igual a sus padres y parientes con la honra similar del divino favor.

Ya hace tiempo que su abuela Celerina fue coronada con el martirio. Del mismo modo sus tíos paterno y materno Laurentino y Egnacio, militares los dos un tiempo en los campamentos del siglo, pero verdaderos y espirituales soldados de Dios, al derribar en tierra al Diablo con la confesión de Cristo, merecieron por su insigne martirio palmas y coronas del Señor. Por ello *ofrecemos sacrificios*, como recordáis, *cuantas veces celebramos las pasiones* (tormentos) y *conmemoramos el aniversario de los mártires*.

No podía, pues, degenerar y ser menos que ellos éste a quien la dignidad de la familia y la nobleza de su casta de tal suerte excitaban con ejemplos domésticos de valor y de fe. Y si en la familia del siglo es cosa de predicamiento y digna de loa el ser patricio ⁴⁵, ¡de cuánto mayor alabanza y honor es hacerse noble en la gloria celestial!... Yo no se a quién llamar más bienaventurado, si a aquéllos por su tan esclarecida descendencia, o a éste por su gloriosa prosapia. De tal suerte en ellos fluye y refluye de unos a otros el divino favor, que la honra de este descendiente da lustre a la corona de sus mayores, y la excelencia de la casta aumenta el resplandor de la gloria de este confesor.

A éste que llega a nosotros, hermanos dilectísimos, con un tan grande favor del cielo, ilustre por el testimonio de admiración del mismo perseguidor, ¿qué otra cosa habría que haberle hecho sino colocarlo en el presbiterio, en la tribuna ⁴⁶ de la Iglesia, para que de pie en aquella altura y visible a todo el pueblo, como conviene al

resplandor de su gloria, lea los preceptos y el Evangelio del Señor, que él observa con fortaleza y fidelidad? Que la voz que confesó al Señor sea oída a diario en aquellas cosas que el Señor ha revelado. Podría el ver si hay algún grado ulterior al cual pueda ser exaltado dentro de la Iglesia, pero no hay cosa en que más pueda aprovechar un confesor a sus hermanos, sino en un cargo en que, mientras éstos escuchan la lección evangélica de su boca, puede imitar cada cual la fe del lector en todo aquello que oye.

Tenía que ser compañero de Aurelio, con quien estuvo unido en la participación del honor divino, con quien estuvo asociado en todas las condecoraciones del valor y de la gloria. Los dos son semejantes; entrambos parecidos; en el mismo grado que sublimes en su gloria, en ese mismo grado humildes en su modestia; cuanto dispuestos a avanzar por el divino favor, tanto sumisos por su amor a la paz y tranquilidad; los dos dan a todos ejemplo de valor a la vez que de buenas costumbres, tan a propósito para la lucha como para la paz, en aquella laudables por la fortaleza; en ésta, por la modestia.

Con tales siervos se regocija el Señor, de confesores de estas cualidades se gloria, cuyo género de vida y costumbres de tal suerte sirve para pregonar sus glorias que a los otros les ofrece el magisterio de la disciplina. Para esto quiso Cristo que permanecieran por más tiempo en la Iglesia, para esto los conservó, incólumes, arrebatados de las garras mismas de la muerte, hecha en ellos en sí decir una resurrección, para que al no ver los hermanos a nadie más sublime en la gloria, a ninguno más sumiso en la humildad, siga sus huellas la comunidad de aquéllos y los haga compañía.

Sepáis con todo que por ahora han sido hechos lectores, porque convenía que fuera puesta la luz sobre el candelabro desde donde pueda irradiar a todos, y que sus rostros gloriosos fueran colocados en lugar bien alto, donde vistos por todos los circuntantes sirvan de estímulo de gloria a cuantos los contemplan. Por lo demás, sepáis que *les hemos asignado ya el honor de los presbíteros; es a saber que sean honrados con las "sportulas" ⁵⁷ lo mismo que aquéllos y participen en los repartos mensuales ⁴⁸ en igual proporción, habiendo de tener asiento junto con nosotros cuando lleguen a edad más provecha y robusta*, aunque en nada puede parecer menor por la índole de sus años quien consumó su vida con el rango de su gloria.

Que siempre gocéis de buena salud, hermanos carísimos y añoradísimos, es lo que deseo.

CARTA XLI

Se da por enterado San Cipriano de los manejos y perversas maquinaciones de Felicísimo y su compañero Augendo contra la unidad de la Iglesia cartaginesa, y comunica a dos colegas en la dignidad episcopal y a otros dos compañeros de presbiterado, haber decretado la excomunión de aquellos cismáticos, categórica la del primero y condicionada la del segundo.

(De principios del año 251)

Cipriano a sus colegas Caldonio y Herculano, así como también a los compresbíteros Rogaciano y Numídico, Salud.

Profundamente contristado quedé, hermanos carísimos, al recibir vuestra carta, de que habiendo hecho promesa y habiéndome comprometido por voto a mantener incólume nuestra comunidad de hermanos y a conservar íntegro el rebaño según lo que demanda la caridad, me anunciéis ahora que *Felicísimo está maquinando pérfidamente y con insidias muchas cosas*, de suerte que *además de sus fraudes y rapiñas, de las cuales ya hace tiempo tenía amplias noticias, ahora ha intentado también poner en colisión con su obispo a una parte del pueblo cristiano*; esto es, separar a las ovejas del pastor, apartar a los hijos de su padre y descoyuntar los miembros de Cristo; y, habiéndooos yo dado el encargo a vosotros como vicarios míos, de que hicierais por remediar las necesidades de nuestros hermanos con esos socorros pecuniarios que sabéis y de que patrocinarais los deseos de aquéllos, si algunos hay, que quisieran también ejercer sus oficios con un sobresueldo suficiente, tomando nota al mismo tiempo no sólo de su edad, sino también de sus condiciones y méritos (así como yo, a quien corresponde preocuparse de ello, deseo ahora conocer a todos y ensalzar a los dignos, a los humildes y mansos a los cargos del ministerio eclesiástico), *el se puso por medio impidiendo que ninguno fuese socorrido en sus necesidades y que fueran con vuestro diligente examen esclarecidas aquellas cosas en las que yo tenía interés*, y, abusando malamente de su poder y con violencias terroríficas, hasta amenazó a nuestros hermanos, los primeros que se acercaron para ser socorridos, diciéndoles que comunicarían en el monte ⁴⁰ con él quienes tuviesen voluntad de prestarme obediencia a mí.

Y después de todo ello, ni movido por mi dignidad, ni doblegado por vuestra autoridad y presencia, turbando con sus instigaciones la tranquilidad de los hermanos, se ha precipitado con muchos fuera de la Iglesia, *declarándose con temeraria locura el capitán de la facción* ²

y el cabecilla de la sedición; en todo lo cual me congratulo, en verdad, de que muchos hermanos se han apartado de su audacia y han preferido unirse a vosotros para permanecer con la Iglesia y recibir los subsidios que les dispensaba su obispo, cosa que sé con certeza han de hacer en buena parte también los restantes y no sólo eso, sino que se han de apartar pacíficamente de su temerario error. Entretanto, como que Felicísimo ha amenazado que no comunicará con él en el monte aquellos que me prestasen obediencia, esto es, los que conmigo comunicaren, caiga sobre él la sentencia que él antes pronunciara; es decir, que *sepa que está excomulgado de nosotros, puesto que a sus fraudes y rapiñas, de las que tenemos noticias, también hay que añadir, después de bien dilucidada la verdad, el crimen de adulterio*, que hermanos vuestros, varones graves, han dicho haber descubierto y han dado palabra de probarlo a su tiempo. Todo quedará ventilado cuando nos reuniéremos con el favor de Dios junto con otros muchos colegas.

Mas también Augendo, que se asoció con él en la misma conspiración, sin guardar consideración alguna ni al obispo ni a la Iglesia, *si permaneciera por más tiempo con él, sufra la misma sentencia que el faccioso y temerario provoca contra sí mismo*.

Es más, quienquiera que se uniese a su conspiración y bando⁵¹, sepa que no comunicará en la Iglesia con nosotros quien espontáneamente prefirió separarse de aquélla.

Leed esta carta a nuestros hermanos y reexpedidla al clero de Cartago, después de haber puesto al final los nombres de cuantos se hayan hecho de la facción de Felicísimo.

Que siempre gocéis de buena salud, hermanos carísimos, es lo que deseo.

CARTA XLIV

El santo Obispo de Cartago comunica al recién elegido Papa de Roma, Cornelio, las andanzas del presbítero Máximo, del diácono Augendo y algún otro personaje de su provincia y las maquinaciones de éstos a favor del antipapa Novaciano.

(Del primer semestre del año 252)

Cipriano a su hermano Cornelio, salud.

Han venido acá enviados por Novaciano, hermano carísimo, el presbítero Máximo, el diácono Augendo⁵², un tal Maqueo y Longi-

nos. Enterado, pues, por las letras que consigo traían y por sus palabras de que ha sido hecho obispo Novaciano⁵³, indignado por la perversidad de esta ordenación hecha contra la Iglesia Católica⁵⁴, he creído que deben ser expulsados inmediatamente de nuestra comunión. Refutadas y rechazadas las razones que con obstinación y pertinancia intentaban aducir, a pesar de todo yo y muchos colegas que se habían acercado a mí hemos esperado⁵⁵ la llegada de nuestros compañeros en la dignidad episcopal Caldonio y Fortunato, que había enviado yo como delegados de ti y a nuestros colegas obispos que estuvieron presentes en tu ordenación para que, al llegar ellos y traernos la verdad de lo sucedido, quedase confundida la maldad de la parte contraria con mayor autoridad y con demostración convincente obtenida por su conducto. Mas entretanto nos sorprendió la llegada de Pompeyo y Estaben, colegas nuestros, los cuales nos trajeron también noticias personales y testimonios evidentes conforme a su seriedad y fidelidad para estar bien informados aquí, de suerte que no fuera preciso escuchar de nuevo a aquellos mensajeros de Novaciano.

Como éstos se desataron también en la asamblea religiosa⁵⁶, con gritos odiosos y clamores turbulentos y pidieran fuesen conocidas en público por mí y por el pueblo las acusaciones que ellos decían aportar y demostrar, *díjeles que no era propio de la dignidad de mi cargo el tolerar se continuara ventilando por más tiempo entre voces maldicientes de sus émulos el honor de un colega mío elegido ya y encontrado bueno según el laudable parecer de muchos*. Y porque sería largo amontonar pormenores en esta carta respecto a las razones con las que fueron refutados y vencidos y respecto al modo como se les descubrió haber sembrado la herejía con ilícitas pretensiones, por nuestro compañero en el presbiterado Primitivo sabréis por completo todos los detalles cuanto esté entre vosotros.

Para no cejar jamás en su loca audacia, también aquí se esfuerzan en dislocar los miembros de Cristo en los diversos bandos del cisma y en rasgar y desgarrar a la Iglesia Católica su cuerpo, de suerte que yendo por pueblos y ciudades de puerta en puerta por las casas de muchos, buscan para sí compañeros de su obstinación y de su cismático error. A éstos he dado una vez respuesta y no ceso de recomendarles que, dejadas las perniciosas discusiones y las luchas, sepan que es una impiedad el abandonar a la Madre y conozcan y entiendan que, *una vez hecho obispo y hallado bueno por el testimonio y el juicio de los colegas y del pueblo, no se puede de ninguna manera nombrar a*

otro. Por lo tanto, si se alaban de haber mirado por el propio bien pacífica y fielmente y de ser los defensores del Evangelio y de Cristo, vuelvan primero a la Iglesia.

Que disfrutes siempre de buena salud, hermano carísimo, es lo que deseo.

Cipriano a su hermano Cornelio, salud.

CARTA XLVIII

Da explicaciones San Cipriano al Papa Cornelio, el cual había comunicado su extrañeza por el hecho de que las cartas emitidas desde hacía algún tiempo a la Iglesia de Roma por la colonia de Adrumeto y a nombre de su Obispo Policarpo, no iban dirigidas a él, como cabeza que era de ella, sino a los presbíteros y diáconos de aquella capital.

(Probablemente del segundo semestre del año 251)

He leído, hermano carísimo, la carta que me enviaste por conducto de nuestro compañero en el presbiterado Primitivo, en la cual las cartas de la colonia de Hadrumetum⁵⁷, y a nombre de Policarpo⁵⁸, después de haber ido yo y Liberal a ese lugar, las cartas a esa Iglesia van dirigidas a los presbíteros y a los diáconos.

Sepas y tengo por cierto que no se ha hecho esto por ninguna ligereza ni por ningún género de menosprecio. Sino que, como hubiésemos resuelto muchos colegas, previamente reunidos que, habiendo sido enviados como legados ante vosotros nuestros compañeros de episcopado Caldonio y Fortunato, quedara todo inactivo y en suspenso hasta tanto que tornaran a nosotros esos mismos colegas nuestros, una vez arregladas ahí las cosas en paz o, por lo menos, después de averiguadas con certeza, los presbíteros y diáconos residentes en Adrumeto, en la ausencia de nuestro colega el obispo, ignoraban lo que de común acuerdo habíamos resuelto. Mas cuando nosotros dos fuimos allá, una vez conocida nuestra resolución, también ellos se conformaron con lo de los demás, para que no hubiera discrepancia en nada entre las iglesias de aquí.

Algunos, sin embargo, conturban a veces las mentes y los ánimos con sus palabras comunicando algunas cosas de diferente modo de como son en realidad. Pues, al dar yo explicaciones a cada uno de los que se iban a embarcar, para que no hicieran la travesía escandalizados,

testigo soy de que les exhorté a que reconocieran y acataran la matriz y la raíz de la Iglesia Católica ⁵⁹. Mas por cuanto nuestra provincia está muy extendida, pues tiene también como agregada la Numidia y la Mauritania, para que el cisma que ha estallado en Roma no confundiera los ánimos de los no romanos con noticias, inciertas, determiné, estando cierto como estaba de la verdad del caso, que para dar por buena tu ordenación con una mayor autoridad, y, finalmente, para hacer saltar del corazón de cada cual en particular los escrúpulos, escribieran cartas cada uno de los obispos de aquí como lo hacen, *para que todos nuestros colegas te reconocieran a ti, y aprobaran y mantuvieran la comunicación contigo; esto es, la unidad y al mismo tiempo la caridad de la Iglesia* ⁶⁰. Y me alegro de que con el favor de Dios ha resultado bien y de mi propósito, por la divina providencia, ha prosperado.

Ahora, en efecto, la verdad, y al mismo tiempo el decoro de tu dignidad episcopal, está fundamentada en luz clarísima y en pruebas manifiestas y firmísimas, de suerte que por los rescriptos de vuestros compañeros que desde ahí me enviaron sus letras, y por la relación y testimonio de nuestros colegas de episcopado Pompeyo, Esteban, Caldonio y Fortunato, todos conocen el origen necesario, la razón justa y también la gloriosa inocencia de tu corazón. El favor divino hará que, junto con los restantes colegas nuestros, desempeñemos el cargo de modo estable y firme y lo mantengamos con la unanimidad concorde de la Iglesia Católica, de suerte que el Señor, que se digna elegirse y constituir para sí sus sacerdotes en la Iglesia, defienda también con su voluntad a los ya elegidos y constituidos, inspirando a los gobernantes y otorgándoles vigor para frenar la contumacia de los malvados y dulzura también para alentar el arrepentimiento de los caídos.

Que disfrute siempre, hermano carísimo, de buena salud, es lo que deseo.

CARTA LV

En esta larga epístola, una de las más interesantes sin duda de toda la colección, San Cipriano, expone amplia y razonadamente a Antoniano, Obispo nómada, que vacilaba entre comunicar con Cornelio o con Novaciano, su proceder en materia disciplinaria después de la persecución de Decio, haciéndose al mismo tiempo el retrato moral de Cornelio y de su antipapa, así como una breve historia del caso del sacerdote Trófimo, personaje casi desconocido.

(Escrita en octubre o noviembre del año 251, según pretende Nelke, o a principios de 252, como opina Ritschl)

Cipriano, a su hermano Antoniano, salud.

Recibí tu primera carta, hermano carísimo, que mereció la aprobación en firme del colegio sacerdotal y que estaba conforme con la Iglesia. En ella me hacías saber que no comunicabas con Novaciano, sino que seguías nuestra resolución y que estabas en absoluto de acuerdo con Cornelio, nuestro colega en el obispado. Me escribiste también que transmitiera copia de la misma carta a Cornelio nuestro compañero, para que, depuesta toda preocupación, supiera ya que *tú comunicabas con él; esto es, con la Iglesia Católica* ⁶¹.

Pues llegó después otra carta tuya enviada por conducto de Quinto, colega en el presbiterado, por la cual me percaté que tu espíritu, turbado por las cartas de Novaciano, empezaba a vacilar. Pues habiendo fijado antes firmemente tu resolución y tu conformidad, me rogabas en esta última carta te contestase a la cuestión de qué género de herejía era la que Novaciano había introducido y por qué motivo comunicaba Cornelio con Trófimo y los “turificados”.

A decir verdad, si estas preocupaciones te producen angustia por estar ansioso de la verdadera fe, y si solícito exploras la verdad de un asunto dudoso, no hay por qué reprender esa tu inquietud fluctuante de un espíritu que se abrasa en el temor divino.

Mas por cuanto veo que después del primer sentir de tu carta has sido perturbado luego por las letras de Novaciano, una cosa afirmo ante todo, hermano carísimo: que los varones ponderados y fundamentados una vez de manera sólida y estable sobre piedra, no se conmueven, no digo ya por el aura leve, pero ni por el viento ni por el torbellino, de suerte que su ánimo fluctuante e incierto no se vea agitado por las varias opiniones como por las rachas de vientos que se levantan de súbito, ni se cambie de su propósito con nota cierta e infamante de ligereza. A fin de que ni en ti ni en nadie consigan esto

las cartas de Novaciano, brevemente te expondré, como has solicitado, el porqué de las cosas.

Y ante todo, porque parece que te muestras también extrañado de mi proceder, tengo que justificar ante ti mi persona y mi posición, para que nadie crea que yo me he apartado ligeramente de mi propósito, y que habiendo defendido primeramente y en los comienzos el rigor evangélico, parezca haber desviado mi ánimo de la disciplina y severidad primeras, hasta llegar a creer que a aquellos que han manchado con *libelos* su conciencia y han sacrificado de modo nefando se les haya de conceder blandamente la paz. Una y otra cosa ha sido hecha por mí no sin haber pesado y ponderado por largo tiempo la razón.

Pues mientras la batalla era aún un cuerpo a cuerpo y duraba el ardor del combate glorioso de la persecución, había que excitar los ánimos de los combatientes con toda clase de exhortaciones, y con todo ímpetu, y las conciencias de los caídos habían de ser principalmente animadas con mi voz a modo de trompeta, para que siguieran el camino de la penitencia no sólo con ruegos y lamentos, sino que, por cuanto se ofrecía la ocasión de volver a la lucha y de reconquistar la salvación, fueran más bien provocados por mis voces increpatorias al ardor de la confesión y a la gloria del martirio.

Finalmente, como me escribieron los presbíteros y diáconos acerca de algunos inmoderados que urgían para recibir a toda prisa la comunión, en contestación y en carta mía, que subsiste aún, añadí también: *“Si tanta prisa tienen, en su mano está lo que piden, pues las circunstancias les conceden más de lo que demandan; la lucha aún continúa y la batalla tiene lugar cada día; si se arrepienten de veras y con resolución de lo hecho y en ellas prevalece el ardor de la fe, el que no pueda aguardarse, puede ser coronado”* ⁶².

Con respecto a lo que había de resolverse en la controversia de los caídos, lo difería, para que cuando hubiese sido concedida la paz y la tranquilidad, y el divino favor permitiera a los obispos reunirnos, entonces, tenido en cuenta el parecer de todos y bien ponderado con la aportación común, determináramos lo que hubiera que hacer; pero *si alguno antes de vuestra resolución y antes de nuestra sentencia tomada con el parecer de todos quisiese comunicar temerariamente con los caídos, él mismo fuese excomulgado*.

Todo lo cual lo escribí al detalla al clero de Roma, que todavía por entonces actuaba sin obispo ⁶³, a los confesores Máximo y a los demás que estaban encarcelados, unidos ahora dentro de la Iglesia con

Cornelio; por sus respuestas podrás rastrear lo que yo les escribí. Pues en su carta me decían: “Por más que a nosotros en asunto de tanta monta nos place lo que tú tienes determinado, es decir, que primero haya de ser restituida la paz y que después sea tratado el asunto de los caídos, aportando cada cual su parecer, en unión con los obispos, presbíteros, diáconos, confesores y los seglares que hayan permanecido firmes en la fe...” Se añadió también, redactándolo Novaciano, recitando de viva voz lo que había escrito y suscribiéndolo Moisés, entonces todavía confesor, ahora ya mártir, que a los *caídos enfermos se les diera la paz en las postrimerías de la vida. Estas letras fueron enviadas por todo el mundo y llevadas a conocimiento de todas las iglesias y de todos los hermanos* ⁶⁴.

Tal y como antes había sido determinado, una vez calmada la persecución cuando hubo posibilidad de reunión, un número grande de obispos, a quienes su fe y la protección del Señor había conservado íntegro e incólumes, nos reunimos ⁶⁵ y, después de examinar por largo tiempo los escritos de una y otra parte, sopesamos con saludable moderación la justa medida a seguir, de suerte que ni a los caídos se les negara totalmente la esperanza de comunicación y de paz, para que no desfallecieran más en su desesperación y siguiendo el siglo vinieran a vivir a modo de gentiles por el hecho de cerrárseles la Iglesia, ni por el extremo contrario quedara deshecha la severidad evangélica hasta el punto de que se precipitaran temerariamente a la comunión, sino que fuese prolongada la penitencia por largo tiempo, fuera demandada con dolor la clemencia paternal y examinado el estado, las intenciones y las necesidades de cada uno, como se dice en un opúsculo que confío habrá llegado a ti y en el que se contienen todos los capítulos de los acuerdos. Y por si no parecía suficiente el número de los obispos del Arica, *también escribí sobre este asunto a Cornelio, el cual personalmente, después de haber celebrado con numerosos colegas obispos* ⁶⁶, *un concilio, vino a coincidir con nosotros en el mismo parecer con igual seriedad y con saludable moderación.*

Preciso era que te escribiese ahora acerca de todo ello para que veas que nada he hecho a la ligera, sino que, según el contenido de mis cartas anteriores, todo lo he demorado para la común resolución de nuestro concilio y que ciertamente con ninguno de los caídos he comunicado antes, cuando el caído aún tenía oportunidad de recibir no sólo indulgencia, sino también corona. Sepas, sin embargo, *que*

después, por exigencias no sólo de la concordia del colegio sacerdotal, sino también por la conveniencia de reagrupar la comunidad de hermanos y de curar la llaga, sucumbí a las necesidades de los tiempos y creí que se debía proveer a la salvación de los más y que no me aparto ahora de lo que una vez se acordó en nuestro concilio por general sufragio, por más que muchas cosas andan en las bocas de muchos y aunque por doquiera se vomitan mentiras salidas de la boca del diablo para romper la concordia de la unidad católica.

Es preciso, sin embargo, que, como buen hermano y compañero en el sacerdocio, y del mismo sentir, no desdés crédito fácilmente a lo que digan los malvados y los apóstatas, sino que ponderes cuál es el proceder que observan tus colegas circunspectos y los varones graves con respecto a la exploración de nuestra vida y de nuestra disciplina.

Paso ya a tratar ahora, hermano carísimo, de la persona de Cornelio, nuestro colega, para que lo conozcas mejor, como nosotros lo conocemos, no según las mentiras de los malvados y detractores, sino según el juicio de Dios que lo hizo obispo y según el testimonio de nuestros colegas de episcopado, *los cuales todos por el mundo-entero están de acuerdo con él en cordial unanimidad.* Pues, cosa que al carísimo Cornelio le hace recomendable a Dios, a Cristo y a su Iglesia con honroso predicamento es que no llegó de súbito al episcopado, sino que después de haber sido promovido por todos los oficios eclesiásticos y después de haberse hecho digno de Dios muchas veces en la administración de las cosas divinas, ascendió a la más alta cima del sacerdocio por todos los grados de la religión (jerarquía). Y entonces, además, no pidió ni quiso el episcopado, ni lo invadió como los otros a quienes infla la hinchazón de la arrogancia y de la soberbia, sino que, por el contrario, manso y modesto, como acostumbra a ser elegidos por Dios para esta dignidad, en consonancia con el pudor de su virginal continencia y de la humanidad de una modestia ingénita bien cultivada no hizo violencia, como algunos, para ser hecho obispo, sino que él la sufrió para recibir a fuerza el episcopado.

Y fue hecho obispo por muchísimos colegas nuestros ⁶⁷, que entonces estaban en Roma, los cuales nos enviaron acerca de su ordenación letras honoríficas y laudatorias y que le glorifican con el testimonio de sus elogios. *Fue hecho Cornelio obispo por el juicio de Dios y de su Cristo, por el testimonio de casi todos los clérigos, por el sufragio del pueblo que estaba entonces presente, por el colegio de los ancianos sacerdotes y buenos varones, cuando ninguno había*

sido elegido anteriormente a él, estando vacante el puesto de Fabián; esto es, vacante el lugar de Pedro ⁶⁸, *la grada de la cátedra sacerdotal. Ocupada la cual y confirmada por la voluntad de Dios y por el consentimiento de todos nosotros, quienquiera que pretenda ser hecho objeto, debe ser necesariamente echado fuera, y el que no guarda la unidad de la Iglesia no puede recibir la ordenación eclesiástica. Quienquiera que sea él, aunque mucho se jacte de sí mismo y por muchas prendas que se atribuya, profano es, ajeno es, fuera está. Y como quiera que no puede haber un segundo después del primero, todo el que fue creado tras de aquel que debe ser único, ya no es el segundo, sino que es nulo.*

Después, no habiendo ambicionado ni arrebatado por la fuerza la dignidad episcopal, sino que habiéndola recibido por la voluntad de Dios que hace los sacerdotes, cuán grande ha sido su valor en el episcopado, cuán grande su fortaleza de ánimo, cuál la firmeza de su fe (cosa que debemos considerar profundamente y alabar con sencillez de corazón) en el solo hecho de ocupar intrépido su cátedra sacerdotal de Roma en unos tiempos en que un tirano enemigo ⁶⁹ comnina-ba a los sacerdotes de Dios con cosas que se pueden decir y otras que ni nombrarse pueden, cuando aquél se informaba más paciente y resignadamente de que en Roma se alzaba contra él un príncipe émulo que el que en Roma era constituido un sacerdote de Dios!

¿No merece ser ensalzado Cornelio con el testimonio más excelso de valor y de fe, no debe ser reputado entre los confesores y mártires quien durante tanto tiempo ocupó su sede esperando los verdugos de su cuerpo y los ministros vengadores del tirano feroz, enviados para acometerle co su espada, para crucificarle para tostarle al fuego, o para desgarrarle con cualquier inaudito género de penas sus entrañas y sus miembros por hacer resistencia a edictos de fiera o por menospreciar amenazas y tormentos con la energía de su fe?

Aunque la majestad y bondad del Señor que le protegía amparó después de hecho a quien quiso antes hacer sacerdote, sin embargo, Cornelio, por lo que hace a su entrega y a su religioso temor, padeció cuanto pudo padecer y venció antes con su sacerdocio al tirano, que después fue vencido con las armas en la guerra ⁷⁰.

En cuanto a que de él se cuentan algunas cosas deshonestas y depravadas, no te admires por ello, sabiendo, como sabes, que es obra del demonio el desgarrar con mentiras a los siervos de Dios, y el infamar su nombre glorioso con falsas insinuaciones, a fin de que los

que brillan con la luz de su propia conciencia queden manchados con rumores ajenos.

Sepas que nuestros colegas han hecho indagaciones y han descubierto con certeza que no está manchado con mácula alguna de *libelos*, como algunos divulgan, y que no ha tenido comunicación sacrílega con los obispos que sacrificaron, sino que sólo ha traído a nuestra comunión a aquellos cuya causa ha sido oída y cuya inocencia ha sido comprobada.

Ciertamente, también en lo que respecta a Trófimo, de quien desear que yo te cuente por carta, no es la cosa tal como te la ha presentado el rumor y la mentira de los malvados. Pues, *como también hicieron muchas veces nuestros antecesores, nuestro carísimo hermano sucumbió ante la necesidad de reagrupar a nuestros hermanos*. Y puesto que con Trófimo se había apartado la mayor parte del pueblo, al volver Trófimo al seno de la Iglesia, al dar satisfacción confesando su pasado error con la penitencia de sus ruegos, y al traer de nuevo a la Iglesia con humildad y satisfacción plena al pueblo que antes había apartado de ella, fueron oídas sus demandas y admitido en la Iglesia del Señor, no tanto Trófimo como el mayor número de hermanos que había seguido a Trófimo, los cuales todos no hubieran vuelto a no ser viniendo en su compañía. Tenida, pues, allí con numerosos colegas una asamblea, fue recibido Trófimo, a favor del cual daba satisfacción el retorno de los hermanos y la salud de muchos que había sido restituida. Trófimo, sin embargo, *fue admitido de suerte que comunicara como laico y no*, como te han contado en cartas los mal intencionados, *disfrutando de la dignidad de sacerdote*.

En cuanto a lo que se te ha dicho de que Cornelio comunicaba por todas partes con los “sacrificados”, también esto proviene de los rumores e invenciones de los apóstatas. Pues no pueden alabarnos los que de nosotros se apartan, ni debemos tener esperanza de agradar a aquellos que, displicentes y rebeldes contra la Iglesia, insisten en apartar violentamente de ésta a los hermanos. Por lo cual no escuches ni creas fácilmente, hermano carísimo, cualquier cosa que acerca de nosotros, se rumoree.

En efecto, si algunos son presa de enfermedad, como se acordó, se les socorre en el peligro. Mas después que se les ha socorrido y se les ha concedido la paz a los que estaban en peligro, no vamos a ahogarlos o aplastarlos, ni a hacerles violencia con nuestras manos para lanzarlos a la muerte, de suerte que porque se les da la paz a los

agonizantes sea necesario que mueran aquellos que la recibieron, puesto que más aparece la señal de la divina misericordia en el hecho de ser conservados con vida después de recibida la paz. Y por esto, si una vez alcanzada la paz, Dios les concede una prórroga en la vida, ninguno debe recriminar esto en los sacerdotes por haber acordado una vez socorrer a los hermanos en el peligro.

Ni creas tú, hermano carísimo, como a algunos les parece, que haya necesidad de equiparar a los *libeláticos* con los *sacrificados*, puesto que en los mismos que sacrificaron no sólo su condición, sino también su situación, es con frecuencia diversa. Pues *no deben ser igualados aquel que voluntariamente y de inmediato se lanzó al nefando sacrificio y aquel otro que haciendo resistencia y después de largo tiempo, llegó coaccionado a este acto funesto; o aquel que se presentó con todos los suyos y aquel otro que acercándose a la prueba decisiva en nombre de todos, mediante una peligrosa convención, preservó a la mujer, a los hijos y a toda la casa; o el que impulsó al crimen a sus domésticos o amigos y aquél otro que dejó estar a los domésticos y colonos y hasta recibió como huéspedes en su casa a muchísimos hermanos que se alejaban desterrados y prófugos, presentando o ofreciendo al Señor muchas almas vivientes e incólumes para que rueguen al Señor por la suya que está llagada.*

Habiendo, pues, entre los mismos que sacrificaron gran diversidad, ¡qué inclemencia y cuán acerba dureza es comparar a los libeláticos con los que sacrificaron!, puesto que aquel que recibió el libelo dice: “Yo antes había leído y sabía por las predicaciones del obispo que no se debía sacrificar a los ídolos y que el siervo de Dios no debía adorar a sus simulacros, y por eso, para no hacer lo que no me estaba permitido, habiéndoseme presentado la ocasión del libelo (pues ni el libelo habría aceptado si no se me hubiese ofrecido la ocasión), fui al magistrado o di encargo a otro que iba a él diciendo que yo era cristiano, que no me era lícito sacrificar, que no podía acercarme a las aras del diablo, pero que daría una cantidad para no hacer lo que me estaba vedado”.

Mas ahora, aún éste que se ha manchado con el libelo, después que por nuestras admoniciones ha sabido que ni: *siquiera* esto debió hacer, que *aunque su mano sea pura y ningún contagio de comida de bestia haya manchado su boca, sin embargo está manchada su conciencia*, llora al oírnos y se lamenta, y se le avisa ahora de que ha delinquido, y seducido no tanto por el delito como por error, da seguridad de que ya está advertido y preparado para en adelante.

Si rechazamos la penitencia de éstos que tienen la esperanza de una conciencia sin grandes remordimientos, son arrastrados a la herejía por instigación del diablo, junto con la esposa y con los hijos que se habían conservado incólumes. Y se nos achacará en el día del juicio el no haber cuidado de la oveja llagada y el que por una herida hayamos perdido a muchas sanas, y el que, mientras el Señor, dejadas las noventa y nueve sanas, fue buscando una sola que andaba errabunda y enferma y El mismo la llevó sobre sus hombros una vez encontrada, nosotros no sólo no buscamos a las enfermas, sino que hasta a las que vienen a nosotros las apartamos, y como sea que los pseudo-profetas no dejan de devastar y desgarrar ahora el rebaño de Cristo ⁷¹, damos ocasión a los perros y a los lobos de perder nosotros con nuestra dureza e inhumanidad a aquellos a quienes la persecución del enemigo no hizo sucumbir. Y ¿dónde quedará, hermano carísimo, aquello que dice el Apóstol: “A todos agrado en todo, no buscando lo que a mí me conviene, sino lo que es útil para muchos, para que éstos se salven? Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo”. Y en otro lugar: “Me hice enfermo con los enfermos para ganar a los enfermos”. Y en otro: “Si un miembro padece, padecen también con él los restantes, y si un miembro se alegra, de alegran también con él los demás”.

Cosa distinta es la doctrina de los filósofos y estoicos, hermano carísimo, los cuales dicen que todos los pecados son iguales y que el varón grave no debe doblegarse fácilmente.

Mas entre los cristianos y los filósofos media gran distancia. Y puesto que el Apóstol dice: “Mirad que ninguno os arrebate por medio de la filosofía y vanas falacias” hay que evitar lo que no procede de la divina clemencia, sino que proviene de una filosofía rígida en exceso. Leemos en las Escrituras que se dijo de Moisés: “Y fue Moisés hombre extremadamente suave”. Y el Señor dice en su Evangelio: “Sed misericordiosos, como también vuestro Padre tuvo misericordia de vosotros”. Y en otro lugar: “No tienen necesidad de médico los sanos, sino los que se hallan mal de salud”. ¿Qué género de medicina puede ejercitar el que dice ¿yo sólo curo a los sanos, que no tienen necesidad de médico”? Nuestra ayuda, nuestra medicina debemos proporcionarla a los llagados. *Y no creamos que están muertos, sino que más bien yacen semivivos aquellos a quienes vemos llagados por la funesta persecución*” si estuviesen muertos por completo, de ellos no saldría ya nunca confesores, ni menos mártires.

Mas porque hay en ellos algo que puede con la subsiguiente penitencia, volver a recobrar vigor para la fe y porque el arrepentimiento

da fuerza y armas para el combate —esa fuerza y esas armas no serán posibles si uno desfallece de desesperación, si segregado con dureza y crueldad de la Iglesia se pasa a los herejes y cismáticos donde aunque fuese después muerto por el hombre de Cristo fuera del seno de la Iglesia y alejado de la unidad y de la caridad no podrá ser coronado en su muerte—, por esto se determinó, hermano carísimo, que después de vistas las causas de cada libelático en particular fuesen admitidos provisionalmente y que a los “sacrificados” se les diesen los auxilios espirituales (subvenir) a la hora de la muerte, pues en el infierno no hay *exomológesis* alguna posible, y nadie *puede ser compelido por nosotros a penitencia, si se le priva del fruto de la penitencia*.

Si antes sobreviniese otra batalla, fortalecido por nosotros se encontrará armado para el combate, y si antes de la batalla le oprime una enfermedad, se va del mundo con el consuelo de la paz y de la comunión.

Tampoco prejugamos la sentencia del Señor que un día ha de juzgar, ni ponemos impedimentos para que si encontrare plena y justa la penitencia del pecador ratifique entonces lo que por nosotros fuere determinado.

Mas si alguno nos engañase co una ficción de penitencia, Dios, de quien nadie se burla y que penetra el corazón del hombre, juzgue de aquello que nosotros nos hemos visto del todo bien, y el Señor enmiende la sentencia de sus siervos, en tanto que nosotros, oh hermano, no debemos olvidar que escrito está: “El hermano que ayuda a su hermano será ensalzado”. Y que también tiene dicho el Apóstol: “Cada cual se examine a sí mismo, y para que no seáis tentados también vosotros, soportad unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo”. Y que del mismo modo, redarguyendo a los soberbios y humillando su arrogancia, escribe en una de sus cartas: “Y aquel que cree que está en pie, mire por no caer”. Y no debemos olvidar tampoco que en otro lugar dice: “¿Quién eres tú que juzgas a otro siervo? Si está en pie o si está para caer, es cosa que a su Señor importa. Mas en pie permanecerá, pues poderoso es Dios para afianzarlo”. Y asimismo que, como Juan prueba, Jesucristo es abogado e intercesor por nuestros pecados, pues dice: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no delincáis; mas si alguno delinquiere, abogado tenemos ante nuestro padre Jesucristo, que es justo, y El es la intercesión por nuestros delitos”. Y que también el apóstol Pablo escribió en una de sus epístolas: “Si cuando todavía éramos pecadores Cristo murió por nosotros,

mucho más ahora justificados en su sangre seremos liberados de la ira por su mediación”.

Teniendo en cuenta su clemencia y su piedad no debemos ser acerbos, inhumanos y duros en el alentar a los hermanos, sino que debemos dolernos con los dolientes y llorar con los que lloran y levantarles el ánimo en cuanto podamos con el auxilio y el consuelo de nuestro amor y no ser tan crueles y pertinaces en rechazar su penitencia, ni por otra parte flojos y fáciles para conceder temerariamente la comunicación. He aquí que yace llagado el hermano que fue herido por el adversario en el combate. El diablo por un lado se esfuerza en rematar a quien hirió; por otro, Cristo exhorta a que no perezca totalmente aquel a quien redimió.

¿Con cuál de los dos nos juntamos? ¿En qué bando nos quedamos? Acaso ayudaremos al diablo para que lo aniquile y pasaremos por alto al hermano yacente semivivo como en el Evangelio el sacerdote y el levita? O por ventura, como los sacerdotes de Dios y del Cristo, imitando lo que Cristo enseñó y puso además en práctica, arrebatemos al herido de las fauces del enemigo y lo reservaremos, después de curado, para Dios que es su juez?...

Y no creas, hermano carísimo, que en lo sucesivo disminuya el valor de los hermanos o que se acaben los martirios porque a los caídos les haya sido suavizada la penitencia o porque a los penitentes se les haya ofrecido esperanza de paz. Inmóvil permanece la fortaleza de los que verdaderamente confían y perdura estable y fuerte la integridad de ánimo en los que temen a Dios y de todo corazón le aman. *Pues también a los fornicarios les concedemos tiempo para la penitencia y se les da la paz. Sin embargo, no por eso falta la virginidad en la Iglesia ni languidece por los ajenos pecados el glorioso propósito de la continencia. Floreciente está la Iglesia coronada con tantas vírgenes,* y la castidad y el pudor mantienen su carrera ininterrumpida de gloria, y no porque al adúltero se le suavice la penitencia y el perdón, se quiebra el vigor de la continencia.

Una cosa es tener que mendigar el perdón y otra llegar a la gloria; una cosa es que el que está encerrado en la cárcel no salga de allí hasta pagar el último cuadrante y otra recibir inmediatamente la recompensa de la fe y del valor; una cosa es limpiarse después de ser atormentado por los pecados con largo sufrir y ser purgado durante largo tiempo por el fuego ⁷², y otra haber purgado todas las culpas por el martirio; una cosa, en fin, estar pendientes el día del juicio de la sentencia del Señor, y otra ser coronado por El inmediatamente.

Y es verdad que *entre nuestros antecesores algunos de los obispos, aquí en nuestra provincia, no creyeron se debieran dar la paz a los fornicarios y cerraron por completo a los adúlteros toda ocasión de penitencia. Pero no por eso se apartaron del colegio de sus colegas obispos, ni rompieron con la obstinación de su dureza y de su rigor la unidad de la Iglesia Católica*, de suerte que no porque otros daban la paz a los adúlteros se separó de la Iglesia el que no la daba. Permaneciendo el vínculo de la concordia y subsistiendo indivisa la unidad sagrada de la Iglesia Católica, cada obispo dispone y ejecuta sus actos, habiendo de dar al Señor razón de su conducta.

Me admiro en verdad de que haya algunos tan obstinados que creen no deben concederse a los caídos el perdón o que piensen debe ser denegado a los penitentes, siendo que escrito está: “Acuérdate de dónde has caído, haz penitencia y vuelve a comportarte como antaño”. Lo cual ciertamente se dice a aquel de quien consta que cayó y a quien el Señor exhorta a levantarse de nuevo por medio de sus obras, porque está escrito: “La limosna libra de la muerte”, y no ciertamente de aquella muerte que una vez destruyó la sangre de Cristo y de la cual nos liberó la gracia saludable del bautismo y de nuestro Redentor, sino de aquella otra que se introduce, después subrepticamente por el pecado. Asimismo en otro lugar se concede un plazo de tiempo para la penitencia a la que no la hacía: “Tengo, dice, contra ti muchas cosas, porque dejas a tu esposa Jezabel, que se llama profetisa, enseñar y seducir a mis siervos, fornicar y comer de los sacrificios, y le di tiempo para hacer penitencia y no se quiere arrepentir de la fornicación. He aquí que ahora la hago caer en el lecho y a los que con ella han fornicado, en muy grande tribulación, a no ser que ella hiciese penitencia de sus maldades”.

Ciertamente que no exhortaría el Señor a penitencia, si no prometiera perdón a los penitentes. Y dice en el Evangelio: “Yo os digo, así habrá más gozo en el cielo por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de ella”. Pues estando como está escrito: “Dios no hizo la muerte ni se alegra de la perdición de los vivos”, el que no quiere que nadie perezca, desea, sin género de duda, que los pecadores hagan penitencia y que por la penitencia vuelvan de nuevo a la vida.

Por eso clama también por el profeta Joel y dice: “Y ahora advierte el Señor Dios vuestro: volved a mí con todo vuestro corazón y al mismo tiempo con ayuno, gemidos y llanto, y rasgad vuestros corazo-

nes y no vuestros vestidos, y tornad al Señor Dios vuestro porque es misericordioso, piadoso, paciente y de gran conmiseración y tal que doblega su sentencia contra las maldades cometidas”.

También en los Salmos leemos el rigor y al mismo tiempo la clemencia de Dios, que conmina y a la vez perdona, que castiga para corregir y conserva la vida una vez que ha corregido. “Visitaré –dice– con vara sus delitos y con azotes sus maldades; pero mi misericordia no la aventaré lejos de ellos”.

También el Señor dice en el Evangelio poniendo de manifiesto la piedad de Dios Padre: “¿Qué hombre hay entre vosotros que si le pidiese pan su hijo le diera una piedra, o si le pidiera un pez, le ofreciera una serpiente? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¡cuánto más dará bienes vuestro Padre celestial a quien se los pide!”.

El Señor compara aquí a un padre carnal con la eternidad y copiosa piedad de Dios Padre.

Pues si este padre malo de la tierra, después de haber sido ofendido por su hijo malo y pecador, si le ve, sin embargo, luego reformado y, una vez dejados los delitos de la vida anterior, le ve inclinado por el valor del arrepentimiento a las sobrias y buenas costumbres y al hábito de la inocencia, se goza y se congratula y recibiendo al que antes había despedido de sí lo abraza con el deseo y el gozo propios de un padre, ¿cuánto más aquel Padre único y verdadero, bueno, misericordioso y pío, más aún la misma bondad, la misma misericordia y piedad personificadas, se alegra del arrepentimiento de sus hijos, y no amenaza con su ira a los penitentes, a los que lloran y se duelen de su pena, sino que más bien les promete perdón e indulgencia...?

Por esto el Señor llama en el Evangelio bienaventurados a los que lloran, porque el que llora se atrae la misericordia y el que es obstinado y soberbio amontona para sí la ira y la pena del juicio que ha de venir. Y por esto, hermano carísimo, *los que no hacen penitencia y no atestiguan de todo corazón el dolor de sus pecados con manifiesta profesión de sus gemidos, deben ser alejados de toda esperanza de comunicación y de paz si lo demandaren en la enfermedad y en el peligro*, porque les impele a pedirla entonces no el arrepentimiento del delito, sino el aviso de la muerte que apremia, y no es digno de recibir consuelo en la muerte aquel que no reflexionó que había de morir.

Por lo que hace a la persona de Novaciano, hermano carísimo, acerca del cual manifestabas deseos de que te diga por escrito qué clase de herejía había introducido, sepas que, en primer lugar, nosotros no debemos ser curiosos sobre qué es lo que enseña fuera de la Iglesia. Quienquiera que sea, y de cualquier modo que sea, *no es cristiano el que dentro de la Iglesia de Cristo no está*. Por más que se jacte, y aunque vaya pregonando su filosofía o su elocuencia con orgullosas palabras, el que no ha mantenido la caridad fraterna ni la unidad de la Iglesia, ha perdido hasta lo que antes había sido. A no ser que tengas por obispo a quien, *después de haber sido consagrado un obispo por dieciséis colegas de la dignidad episcopal*, pretende ambiciosamente que los desertores le tengan por obispo a él, adulterino y extranjero; y no *habiendo sino una sola Iglesia por todo el mundo repartida por Cristo en muchos miembros y no habiendo asimismo sino un solo episcopado difuso en la concorde multiplicidad de muchos obispos*, él, después de la divina tradición y después de haber sido bien urdida y bien anudada la unidad de la Iglesia, se esfuerza en hacer una Iglesia humana y envía por todas las ciudades nuevos apóstoles suyos para echar unos nuevos fundamentos de su institución; y como quiera que ya desde hace tiempo haya obispos ordenados, proyectos en edad, íntegros en la fe, probados en las tribulaciones, proscritos en la persecución, él se atreve a crear por encima de ellos otros pseudobispos. Como si pudiera recorrer todo el orbe con la obstinación de su nuevo propósito o desencajar las articulaciones del cuerpo de la Iglesia con la siembra de su discordia, ignorando que los cismáticos a los principios siempre ponen entusiasmo, pero que no puede tener incremento ni desarrollo los que ilícitamente comienzan, sino que pronto desfallecen en su malvada emulación.

Tampoco podría él mantener la dignidad episcopal si aun cuando hecho antes obispo, se apartara luego del cuerpo de sus colegas y de la unidad de la Iglesia, puesto que el Apóstol advierte que nos soporremos mutuamente con el amor, haciendo lo necesario para guardar la unidad del espíritu en la unión de la paz”. Por consiguiente el que no guarda la unidad del espíritu, ni la unión de la paz, no puede tener potestad ni honor de obispo por no haber querido mantener ni la unidad ni la paz del episcopado.

Además, ¡cuán grande hinchazón de arrogancia es, cuán enorme olvido de la humildad y de la mansedumbre, cuán grande jactancia en su orgullo el que uno se atreva a hacer o crea que puede lo que ni a

los apóstoles concedió el Señor; esto es, creer que él puede distinguir la cizaña del trigo, o como si se le hubiera concedido el quitar la paja y limpiar la era, se esfuerce en separar la paja del trigo, y siendo que el Apóstol dice: “En una casa grande no sólo hay vasos de oro y plata, sino también de madera y barro”, da a entender que él selecciona los vasos de oro y de plata y menosprecia, rechaza y condena en cambio los de madera y los de barro, siendo así que sólo en el día del Señor serán quemados los vasos de madera en el incendio del ardor divino y quebrados los de barro por Aquel a quien ha sido entregada la verga de hierro!...”

Mas si se constituye en escrutador del corazón y los riñones y en juez, que juzgue con equidad en todo y sabiendo que está escrito: “He ahí que has sido sanado, no peques ya, para que no te suceda algo peor”, eche a los ladrones y a los fornicarios de su vera y de su compañía, ya que *la condición del fornicario es mucho peor y más grave que la del libelático, puesto que éste pecó constreñido por la necesidad, aquél por su voluntad*; éste fue cogido en error creyendo que le bastaba el no sacrificar, el invasor del ajeno matrimonio y el que se metió en el lupanar lanzó a la cloaca a la cenegosa vorágine de la chusma, el cuerpo santificado y el templo de Dios manchándolo en su turbia corriente, como dice el Apóstol: “Cualquier pecado que el hombre hiciere fuera del cuerpo está; mas el que fornicar peca contra su propio cuerpo”.

Sin embargo, aun a estos mismos se les concede la penitencia y se les deja la esperanza de los lamentos y de la satisfacción, según el mismo Apóstol, que dice: “Temo que cuando venga a vosotros tenga que llorar por muchos de aquellos que antes pecaron y no han hecho penitencia de las inmundicias que cometieron, ni de las fornicaciones y liviandades”.

Y no se lisonjeen los nuevos herejes por el hecho de que no comunican con los idólatras, según ellos dicen, puesto que entre ellos hay adúlteros, y estafadores que son presa del crimen de idolatría, según lo que el Apóstol dice: “Sabed y entended bien que todo fornicario e inmundo o defraudador, lo cual es idolatría, no tiene parte en el reino de Cristo Dios”. Y en otro lugar: “Mortificad, pues, vuestros miembros que están en la tierra, arrojando de vosotros la fornicación, la inmundicia, la concupiscencia mala y la liviandad, que son servidumbre de los ídolos, por todo lo cual ha venido la ira de Dios”.

Pues como quiera que nuestros cuerpos sean miembros de Cristo y cada uno seamos templo de Dios, aquel que viola con adulterio el

templo de Dios, viola a Dios mismo, y el que al cometer los pecados hace la voluntad del diablo, esclavo es de los demonios y de los ídolos. Pues las malas obras no proceden del Espíritu Santo, sino que las concupiscencias nacidas del estímulo del enemigo y del inmundo espíritu son las que compelen a obrar contra Dios y a ser esclavas del diablo.

Así resulta que si con el pecado de uno dicen que se mancha el otro, y si es cierto, según aseguran, que la idolatría del pecador pasa al que no lo es, no pueden, según sus palabras, excusarse del crimen de idolatría, siendo que consta con demostración apostólica que los fornicarios y los estafadores con quienes ellos comunican, son idólatras.

Con nosotros está, según nuestra fe y según las normas que se nos han dado en la predicación del Señor, la doctrina verdadera; esto es, que cada uno está ligado él personalmente por su pecado y que no puede uno hacerse eso por otro, puesto que el Señor nos avisa de antemano y dice: “La justicia del justo sobre él estará y el crimen del malvado caerá sobre él”. Y en otro lugar: “No morirán los padres por los hijos, ni los hijos morirán en lugar de los padres. Cada cual morirá por su pecado”.

Leyendo esto y teniéndolo muy en cuenta, creemos que nadie debe ser apartado del fruto de la satisfacción y de la esperanza de la paz, puesto que sabemos, según la fe de las divinas Escrituras, siendo el mismo Dios que nos lo manda y nos exhorta a ello, que Dios constriñe a los pecadores a hacer penitencia y que no se niega el perdón ni la indulgencia a los penitentes.

Y, ¡oh mofa hecha a la comunidad de hermanos que resultará víctima del engaño! ¡Oh caduca decepción de los desgraciados hermanos que se lamentan! ¡Oh ineficaz y vana tradición de la institución herética! ¡Exhortar a la penitencia satisfactoria y quitar a la satisfacción la medicina! ¡Decir a nuestros hermanos: “Llora, derrama lágrimas y gime días y noches para lavar y purgar tu delito, haz obras abundantes y numerosas, pero después de todo eso morirás fuera de la Iglesia. Harás todo lo que es pertinente para la penitencia, pero la paz que buscas nunca la alcanzarás! ¿Quién no cejaría inmediatamente quién no desfallecería de desesperación, quién no apartaría su ánimo del propósito de hacer penitencia?... ¿Crees tú que un rústico podría trabajar si le dijeras: “cultiva el campo con toda la pericia del arte de la agricultura, insiste diligentemente en el cultivo, pero no segarás

ningunas mieses, no pisarás uvas algunas, no cogerás fruto ninguno?... O como si a aquel a quien le aconsejas la posesión y uso de unas naves le dijeras: "¡Compra madera de excelentes bosques, hermano, fabrica de fuertes y escogidos robles la carena, trabaja en el timón, en las maromas y en las velas, para que la nave quede concluida y armada, mas cuando esto hubieres hecho, no verás el fruto de sus viajes y carreras por mar!..."

Cerrar e interceptar el camino del dolor y la senda del arrepentimiento es el hacer desaparecer la penitencia misma al privarla de su fruto, siendo que el Señor Dios en las Escrituras acaricia a los que vuelven a El arrepentidos. Si, pues, encontramos que nadie debe ser alejado de hacer penitencia, y que a los que ruegan y piden la misericordia del Señor, por ser El misericordioso y piadoso, les puede ser concedida la paz por medio de los sacerdotes, hay que admitir los gemidos de los que lloran, y no se puede negar el fruto de la penitencia a los que se duelen de su pecado.

Y puesto que en los infiernos no hay confusión ni allí se puede hacer *exomológesis*, aquellos que de todo corazón se arrepintieren y pidiesen perdón, deben provisionalmente ser recibidos en la Iglesia y en ella ser guardados para el Señor, el cual, cuando haya de venir a su Iglesia, juzgará ciertamente acerca de aquellos que dentro de ella encontrare. Mas *los apóstatas y los desertores, a los adversarios y enemigos que desbaratan la Iglesia de Cristo, ni aunque fueren muertos fuera de ella por el nombre de Cristo, pueden ser admitidos*, según el Apóstol, *a la paz de la Iglesia*, puesto que no han mantenido ni la unidad del espíritu ni la de la justicia.

Provisionalmente, y tan de corrida como he podido, he tratado, hermano carísimo, unos pocos puntos, para con ellos satisfacer tu deseo y para unírte más y más a la sociedad de nuestro colegio y de nuestro cuerpo. Mas si tuviese oportunidad y ocasión de venir a mi compañía, podremos conferir en común otros muchos y tratar más amplia y plenamente cuanto se refiere a la saludable concordia.

Que siempre disfrutes de buena salud, hermano carísimo, es lo que te deseo.

CARTA LVI

A instancias de varios Obispos da el Santo su opinión sobre la conducta a seguir en el caso de los hermanos Nino, Clemenciano y Floro, quienes habiendo confesado su fe y sufrido por ella cárcel y torturas, pero habiendo sucumbido después ante la violencia de los tormentos ordenados por el procónsul, hicieron finalmente penitencia pública durante tres años. San Cipriano opina, desde luego, que les debe ser ya concedida la paz, pero quiere antes consultar a los Obispos sufragáneos.

(Según Ritschl escrita en el año 253; según Nelke, en el 252)

Cipriano a sus hermanos Fortunato, Ahimo, Optato, Privaciano, Donátulo y Félix, salud.

Me habéis comunicado por carta, hermanos carísimos que encontrándoos en la ciudad de Capsa⁷³ con motivo de la ordenación del obispo, os notificó nuestro hermano y colega Superio que los hermanos Nino, Clemenciano y Floro, que antes habían sido apresados en la persecución y que después de haber confesado el nombre del Señor habían superado la violencia del magistrado y el ímpetu del pueblo fremebundo, luego como fueron afligidos ante el procónsul con graves tormentos, habían sido reducidos por la continuidad de ellos, viniendo a caer del grado de gloria en el que tenían puestas sus miras con todo el vigor de la fe, pero que no habían cesado de hacer penitencia durante este trienio después de su grave caída, que tuvo origen no tanto en la voluntad como en la necesidad y coacción. Acerca de los cuales habéis creído oportuno consultarme si ya se les puede admitir a la comunión.

Ciertamente, por lo que hace a mi opinión, creo que no debe faltar la indulgencia del Señor a unos hombres de quienes nos consta que estuvieron firmes en la batalla, que confesaron su nombre, que se sobrepusieron a la violencia de los magistrados y a la acometida del pueblo furioso con la perseverancia de una fe incommovible; que padecieron la cárcel, que resistieron durante largo tiempo los golpes entre las amenazas del procónsul y los bramidos del pueblo circunsistente, mientras los suplicios les desgarraban y les atormentaban reiteradamente el cuerpo, de suerte que el hecho de que parece que al final fueron doblegados por la debilidad de la carne, quede atenuado con la garantía de los méritos precedentes y sea bastante para los tres el haber perdido la gloria; creo que nosotros no les debemos ni cerrar el camino del perdón, ni privarles de la piedad paterna, ni de nuestra comunión; *creo que, para conseguir la clemencia del Señor, les pue-*

de bastar a éstos el haber llorado durante un trienio continua y doloridamente, como en las cartas me decís, con los mayores gemidos de arrepentimiento. Creo, en verdad, que no se les otorga de modo incauto ni temerario la paz a éstos de quienes sabemos que antes no se hurtaron a la lucha con la fortaleza de su profesión de soldados de Cristo y que, si de nuevo sobreviniese la batalla, podrían recuperar su gloria.

Pues, *habiéndose decretado en concilio* ⁷⁴ *que a los que hacen penitencia, en el peligro de la enfermedad se les podía dar los auxilios espirituales y conceder la paz*, deben sin duda ser los primeros en el conseguir la paz aquellos que vemos que cayeron no por debilidad del espíritu, sino que después de haber peleado, y después de haber sido heridos, no pudieron alcanzar la corona de su confesión por debilidad de la carne, máxime cuando a los que deseaban la muerte no se les quería matar, sino que les desgarraban el cuerpo los suplicios después de agotados por tanto tiempo hasta que aquéllos vencieron, no su fe que es invicta, sino que fatigaron la carne, que es débil.

Sin embargo, por cuanto me habéis escrito que trate de esto plenamente con otros muchos colegas y porque un asunto de tanta monta exige mayor y más ponderada deliberación y estando *ahora casi todos, en los comienzos de las solemnidades de la Pascua* ⁷⁵, *en sus iglesias con sus hermanos, cuando hayan satisfecho la obligación de celebrar entre los suyos esta fiesta* y vengan a mí, lo trataré más cumplidamente con cada uno de ellos, a fin de que se fije una norma acerca de lo que me consultasteis y se os comunique una resolución firme bien ponderada con la deliberación de muchos sacerdotes.

Que siempre disfrutéis de buena salud, hermanos carísimos, es lo que deseo.

CARTA LVII

Cuarenta y dos Obispos, al frente de los cuales figura Cipriano, después de celebrar un sínodo ⁷⁶, en vista de la perspectiva de una nueva persecución bajo Galo y Volusiano, comunican al Papa Cornelio su resolución de admitir a los caídos no sólo en peligro de muerte, sino sin limitaciones de tiempo, aunque únicamente a aquellos que llevan ya largo tiempo pidiendo la paz y han dado satisfacción.

(Escrita el año 253, según Ritschl; en 252, según Nelke)

Cipriano, Liberal, Caldonio, Nicomedes, Cecilio, Junio, Marrucio, Félix, Suceso, Faustino, Fortunato, Víctor, Saturnino, otro Saturnino,

Rogaciano, Tertulio, Luciano, Sacio, Secundino, otro Saturnino, Eutiques, Amplo, otro Saturnino, Aurelio, Pirsco, Herculano, Victorico, Quinto, Honorato, Mantaneo, Hortensiano, Veriano, Yambo, Donato, Pomponio, Policarpo, Demetrio, otro Donato, Privaciano, Fortunato, Rogato y Mómulo, a su hermano Cornelio, salud.

Habíamos determinado hace tiempo, es cierto, hermano carísimo, después de deliberar en común entre nosotros, que aquellos que en las acometidas de la persecución hubiesen sido suplantados por el enemigo, hubieran caído y se hallaren mancillados con ilícitos sacrificios, *hicieran por largo tiempo plena penitencia y si les urgía el peligro de la enfermedad, sólo recibieron la paz bajo la amenaza de la muerte.* Pues no era justo ni lo permitía la divina piedad ni la clemencia divina que fuera cerrada la iglesia a los que llamaban ni que se les denegara el aliento de la saludable esperanza, de suerte que se les dejase emprender el viaje hacia el Señor, al alejarse del mundo sin la comunión y sin la paz, siendo que El mismo había permitido y había mandado que las cosas que se hubiesen sido ligadas en la tierra, quedarían ligadas también en los cielos y se pudiese allí desatar lo que se desatare en la tierra.

Mas *puesto que vemos que de nuevo se aproxima el día de otra persecución* ⁷⁷, y pues se nos advierte con frecuentes y continuas visiones que estemos animados y preparados para la guerra que el enemigo nos declara, tenemos que disponer también con nuestras exhortaciones, al pueblo que nos está confiado por la divina dignación y recoger sin excepción dentro de los campamentos del Señor a todos los soldados de Cristo que echan de menos las armas y reclaman la batalla.

Forzados por la necesidad, hemos resuelto que a aquellos que no se han apartado de la Iglesia y no han cesado de hacer penitencia ni de lamentarse y de pedir al Señor desde el primer día de su caída, se les debe dar la paz, y que es preciso amarles y disponerlos en orden de batalla para el combate que amenaza.

Hemos de obedecer, en efecto, a las señales y justas admoniciones, a fin de que las ovejas no sean abandonadas por sus pastores en el peligro, sino que todo el rebaño se apiñe y que el ejército del Señor se arme para la lucha de la milicia celestial. Pues con razón se iba prolongando la penitencia de los arrepentidos por un plazo bastante largo, de suerte sin embargo que se concediesen auxilios espirituales en la hora postrera a los enfermos, en tanto que había paz y tranquili-

dad, la cual permitía diferir indefinidamente las lágrimas de los que plañan y prestar ayuda tardíamente en su enfermedad a los que morían. Mas ahora la paz va a faltar, no a los débiles, sino a los fuertes, y hay que conceder la comunión no a los moribundos, sino a los vivientes, de suerte que no dejemos inermes y desnudos a aquellos a quienes excitamos y exhortamos a la batalla, sino que los robustezcamos con la protección de la Sangre y el Cuerpo de Cristo, y puesto que la Eucaristía se consagra para que pueda ser tutela de los que la reciben, armemos con las armas defensivas del alimento saciante del Señor a aquellos que queremos que estén defendidos contra el enemigo.

Pues ¿cómo les enseñaremos o les incitaremos a derramar su sangre en la confesión del nombre (de Cristo), si negamos la Sangre de Cristo a los que están a punto de salir a la batalla? O ¿cómo les haremos idóneos para beber el cáliz del martirio si antes no le admitimos por el derecho de comunión a beber en la Iglesia la copa del Señor?

Debe haber diferencia, hermano carísimo, entre aquellos que o bien apostataron y vueltos al mundo al que habían renunciado viven como gentiles, o bien pasados como tráfugas a los herejes toman a diario sus armas parricidas contra la Iglesia, y aquellos otros, que sin apartarse del nombre de la Iglesia, sino implorando continua y doloridamente los consuelos divinos y paternos, dicen ahora que están preparados para permanecer en pie y para luchar por el nombre del Señor y por su salvación.

En la coyuntura presente no damos la paz a los que duermen, sino a los que están en vela: no damos la paz para las delicias, sino para las armas; no para el descanso, sino para la pelea. Si, según lo que oímos decir y deseamos y creemos, ellos se mantuvieron firmes y vencieron en la batalla al enemigo juntamente con nosotros, no nos arrepentiremos de haber concedido la paz a hombres tan intrépidos; es más, será un honor grande y una gloria de nuestro episcopado el haber concedido la paz a unos mártires, de suerte que los sacerdotes que a diario celebramos los sacrificios de Dios preparemos a Dios hostias y víctimas⁷⁸.

Mas si, lo que Dios aleja de nuestros hermanos, alguno de los caídos nos burlare pidiéndonos con engaño la paz y recibiere la comunión en las circunstancias en que la lucha está inminente sin tener intención de pelear, a si mismo se engaña y burla, pues una cosa oculta en el corazón y otra pronuncia con la boca.

Nosotros, en cuanto no es concedido ver y juzgar, vemos el rostro de cada uno; escrutar el corazón y penetrar el pensamiento no podemos. De éstos juzga el Escrutador y Conocedor de las cosas ocultas que ha de venir pronto y que juzgará de los arcanos y recovecos del corazón.

Mas los malos no deben ser obstáculo para los buenos. Ni hay que negar la paz a los que tienen intención de sufrir el martirio por aquello de que hay algunos que renegarán, siendo que a todos los que han de entrar en batalla les debe ser concedida la paz, para que no por nuestra ignorancia sea preterido aquel que ha de ser coronado en la pelea.

Y que ninguno diga: “El que sufre el martirio es bautizado con su propia sangre, y no le es preciso la paz que viene del obispo a aquel que ha de obtener la paz de la gloria y que ha de recibir una recompensa mayor de la dignación del Señor”.

En primer lugar, *no puede ser idóneo para el martirio aquel que no es armado para el martirio por la Iglesia, y desfallece el alma a la que la recepción de la Eucaristía no la endereza y la enciende*. Pues el Señor dice en su Evangelio: “Mas cuando os entregaren, no penséis qué habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que hayáis de hablar, sino el espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros”. Mas puesto que dice que el Espíritu del Padre habla en aquellos que fueron entregados y en los que están en condiciones de confesar el nombre del Señor, ¿cómo puede hallarse preparado o idóneo para la confesión quien, después de recibida la paz, primero no recibiere el espíritu del Padre, que es el que personalmente habla dando fortaleza a sus siervos y el que confiesa por nuestra boca?

Además de esto, si abandonadas todas sus cosas huyere y viviendo en las quiebras de los montes y en la soledad cayere casualmente entre ladrones o muriese víctima de las fiebres y de la enfermedad, ¿acaso no se nos imputaría a nosotros el que tan buen soldado, que abandonó todas sus cosas y despreciada su casa, sus padres o sus hijos, prefirió seguir a su Señor, muriera en paz y sin comunión? ¿Por ventura no se nos haría responsables, ya de una blanda negligencia o bien de una dureza cruel en el día del juicio por no haber querido nosotros los pastores cuidar en la paz ni en la batalla armar a las ovejas a nosotros confiadas y encomendadas? ¿No nos echaría en rostro el Señor lo que su profeta ⁷⁹ clama y dice: “He aquí que consumís la leche y os cubrís con lanas y matáis lo que está bien cebado, y no apacentáis a mis ovejas, no habéis robustecido lo que estaba débil

y no habéis fortalecido lo que estaba enfermo, y no consolidasteis lo que estaba removido, no volvisteis al redil lo que andaba errante y no buscasteis lo que había perecido, y lo que era fuerte lo abrumasteis a trabajo, y se dispersaron mis ovejas por no haber pastores, y fueron hechas presa de todas las bestias del campo, y no hubo quien las buscara ni las tomara al redil. Por lo cual dice el Señor: He aquí que estoy sobre los pastores y reclamaré mis ovejas de sus manos, y se las quitaré para que no apacienten mis ovejas; y ya no las apacentarán, y se las sacaré de su boca y las apacentaré con justicia”.

Así, pues, para que las ovejas que el Señor nos ha confiado no nos sean arrancadas de nuestra boca, con la que negamos la paz y oponemos una dureza más propia de la humana crueldad que de la divina clemencia paternal, por sugerencia del Espíritu Santo y por admonición del Señor en muchas y manifiestas visiones, puesto que se nos anuncia y palpablemente se ve que el enemigo nos amenaza, hemos determinado recoger los soldados de Cristo dentro de los campamentos, y examinadas las causas de cada uno, dar la paz a los caídos; es más, dar armas a los que tienen intención de pelear.

Creemos que esto te ha de agradar a ti también si tienes en cuenta la misericordia del Dios Padre. *Si de nuestros colegas ha habido alguno que cuando apremia la lucha cree que no se debe conceder la paz a los hermanos, él dará cuenta en el día del juicio al Señor*, ya sea de su importuna severidad, ya sea de su inhumana dureza. Nosotros te hemos expuesto como corresponde a nuestra fe, caridad y celo, que el día de la lucha se acerca; que el enemigo violento se levantará pronto contra nosotros; que se nos echa encima una lucha, no como la que pasó, sino mucho más grave y más dura; que esto se nos muestra en visiones frecuentemente por el favor de Dios y que somos avisados acerca de todo ello por la providencia y misericordia del Señor. De su socorro y piedad podemos estar seguros los que en El confiamos porque El, que en la paz anuncia por anticipado a sus soldados lo concerniente a la lucha que se acerca, les concederá a la hora de la pelea la victoria.

Que siempre disfrutes de buena salud, hermano carísimo, es lo que deseamos.

CARTA LX

Felicitación al Papa Cornelio ⁸⁰ y a la cristiandad de Roma por el hermoso ejemplo dado, durante la persecución de Galo, por el pastor y juntamente por el rebaño, haciendo una oportuna alusión a Novaciano.

(Del año 253, según la opinión de Ritschl)

Cipriano a su hermano Cornelio, salud.

Estoy enterado, hermano carísimo, de los gloriosos testimonios de tu fe y valor y he sabido la gloria de tu confesión con una alegría tal que me reputo yo también partícipe y compañero de tus méritos y renombre. Pues teniendo una misma Iglesia, un alma unida y una concordia indivisa, ¿qué sacerdote no se congratulará de las glorias de su compañero en el sacerdocio como de las suyas propias, o qué comunidad de hermanos de donde quiera que sea no se regocijará participando del gozo de los hermanos? No puede expresarse lo bastante cuán grande fue aquí el contento y cuán inmensa la alegría cuando tuvimos noticias favorables de vuestras grandes proezas, como la de haber sido tú caudillo de la confesión y la de haber crecido la honra de la confesión del caudillo con la unanimidad de los hermanos, de suerte que al precederles tú para la gloria, hiciste muchos compañeros de tu gloria e impulsaste al pueblo a confesar su fe estando dispuesto a confesarla tú el primero en nombre de todos: tanto, que no hallo qué cosa ensalzar primero en ti, si tu fe pronta y firme o la caridad inseparable de los hermanos. Ahí fue comprobado públicamente el valor del obispo que iba en vanguardia y se mostró la unión de los hermanos, que iban en su seguimiento. Habiendo entre vosotros una sola alma y una sola voz, toda la Iglesia de Roma confesó a Cristo.

Ha resplandecido, hermano carísimo, la fe que en vosotros elogió el bienaventurado Apóstol. Este glorioso ardimiento y esta firmeza de carácter ya la preveía él en espíritu, y al proclamar proféticamente vuestros méritos, al alabar a los padres excitaba a sus hijos. Permaneciendo así unánimes, mostrándoos fuertes, habéis dado también a los restantes hermanos ejemplos de unanimidad y fortaleza. Habéis enseñado de modo admirable a temer a Dios, a adherirse firmemente a Cristo, a unirse en el peligro el pueblo con los sacerdotes, a no separarse los hermanos de los hermanos en la persecución; habéis enseñado que la concordia y buena unión no puede ser vencida y que lo que muchos piden en unión, el Dios de la paz lo concede a los pacíficos.

El enemigo había asaltado los campamentos de Cristo para turbarlos con la violencia y el terror. Mas con el mismo ímpetu con que vino, con ese mismo impulso fue rechazado, y encontró tanta fortaleza y tanta energía como miedo y terror había intentado producir. Confió de nuevo poner bajo su planta a los siervos de Dios e inspirarles terror, según su costumbre, como a novatos e inexpertos y como a los que estaban menos preparados y eran menos cautos. Habiendo atacado a uno solo, intentó, como el lobo, separar la oveja del rebaño, como el gavilán, apartar la paloma de su bandada. Pues el que no tiene fuerzas bastantes contra todos busca poner asechanzas uno a uno por separado,

Pero embotada su espada por la fe y el valor de un ejército bien unido, se dio cuenta de que los ejércitos de Dios estaban en vigilia, que sobrios y armados estaban firmes para la batalla, que no podían ser vencidos, pero que sí podían morir, y que por esto mismo eran invicto, porque no temen el morir, y que no contestan atacando a los que les combaten, puesto que los que no hacen daño no les es lícito ni siquiera el matar a los que a ellos se lo hacen, sino que dan la vida y la sangre prontamente para verse luego libres de los malvados y crueles cuando se extiende por el mundo tan grande malicia y crueldad.

¡Qué espectáculo tan glorioso a los ojos de Dios, qué gozo el de la Iglesia en presencia de su Cristo, ver avanzar a la batalla que el enemigo había intentado declarar, no a los soldados de uno en uno, sino los campamentos enteros y de vez! Pues es evidente y manifiesto que todos habrían venido si hubiesen podido venir, puesto que todos los que lo oyeron vinieron corriendo y llegaron a tiempo. *¡Cuántos caídos se levantaron de su postración ahí (en Roma) con una confesión gloriosa!* Se mantuvieron fuertes, y con el mismo dolor del arrepentimiento se hicieron más fuertes para la batalla: para que se viera claro que no hace mucho, en la otra ocasión, habían sido sorprendidos y que habían temblado por la novedad y lo desacostumbrado del caso que les infundía pavor, pero que luego volvieron en sí, habiendo robustecido con la constancia y la firmeza su fe verdadera y sus fuerzas concentradas por el temor de Dios para sufrirlo todo, y que estaban en pie no para el perdón de su delito, sino para la corona del martirio.

¿Qué dice a estas cosas Novaciano, hermano carísimo? ¿Depone ya por ventura su error? O ¿acaso, como acostumbran los locos, se siente más inclinado a la locura por nuestros mismos bienes y prospe-

ridades, y cuanto más crece aquí (en la Iglesia) la gloria del amor y de la fe se recrudece más y más allí (en el cisma) la locura de la disensión y de la envidia? Y él, miserable, no se preocupa de su herida, sino que aún se hiere a sí mismo y a lo suyos más gravemente, su lengua lanza bravatas para daño de los hermanos, y dispara dardos de elocuencia envenenada, *siendo más bien rígido con la perversidad de la filosofía mundana*⁸¹, *que pacífico con la dulzura de la sabiduría del Señor, desertor de la Iglesia, enemigo de la misericordia, aniquilador de la penitencia, doctor en la soberbia, corruptor de la verdad, destructor de la caridad.* ¿Reconoce ya quién es el sacerdote de Dios, cuál es la Iglesia y la casa de Cristo, quiénes son los siervos de Dios a quienes el diablo persigue, quiénes son los cristianos a quienes ataca el Anticristo? Pues no busca a aquellos que ya ha sometido a su yugo, ni se esfuerza en derribar a quienes ya ha hecho suyos. Enemigo y adversario de la Iglesia, a los que ya ha alejado de la Iglesia y a los que ha puesto fuera de su seno, los desprecia y los deja a un lado, y va a atacar a aquellos en quienes se ve que Cristo habita.

Aunque, por lo demás, si alguno de éstos fuere apresado, no tienen por qué sentirse halagados como si fuera un verdadero confesor del nombre cristiano, estando claro, como está, que si fuesen muerto fuera de la Iglesia hombres así, no es corona de fe la que reciben, sino más bien castigo de su perfidia, y que no habitarán en la casa del Señor entre los hermanos, de un mismo sentir quienes vemos que se han apartado de la casa pacífica y divina por la locura de la discordia.

Te exhortamos abiertamente en cuanto podemos, hermano carísimo, por el mutuo amor que nos une, a no dejar de insistir en ayunos, vigiliias y oraciones junto con todo el pueblo, porque la providencia del Señor nos amonesta y advierte y la misericordia divina nos previene que ya se acerca el día de nuestra lucha y de nuestro público combate. Insistamos en el asiduo gemir y en el continuo orar. Pues éstas son para nosotros las armas celestiales que nos hacen permanecer firmes y perseverar con fortaleza; éstas son las defensas espirituales y las armas divinas que nos protegen. Acordémonos mutuamente unos de otros, hagamos más ligeros con la mutua caridad las persecuciones y las angustias, y si uno de nosotros se alejare antes de este mundo, por llegarle antes el divino favor, que persevere nuestro amor en presencia del Señor, que no cese la oración a la misericordia del Padre por nuestros hermanos y hermanas.

Que disfrutes siempre de buena salud, hermano carísimo, es lo que deseo.

CARTA LXIII ⁸²

El santo Obispo combate el abuso introducido en algunas iglesias africanas de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa con agua sola, exponiendo la Sagrada Escritura (Antiguo y Nuevo Testamento) en cuanto se refiere a este punto concreto, así como también el significado místico de la unión del agua con el vino.

(Escrita, según Ritschl, antes de la persecución de Decio; según Nelke, algo después de aquélla).

Cipriano a su hermano Cecilio, salud.

Aunque sé, hermano carísimo, que muchos obispos, colocados por el divino favor al frente de las iglesias de Dios en todo el mundo, observan la verdad evangélica y la tradición del Señor, no apartándose con humanas y nuevas instituciones de lo que mandó y realizó nuestro maestro Cristo, sin embargo, como algunos, por ignorancia o por simpleza, en la consagración del cáliz del Señor (in calice dominico sanctificando) y en su administración al pueblo no observan aquello que Jesucristo Señor y Dios nuestro, autor y maestro de este sacrificio, hizo y enseñó, he creído que era cosa de conciencia y de necesidad escribirte una carta acerca de esto, para que si alguno todavía es presa de este error, una vez vista la luz de la verdad, vuelva a la raíz y origen de la tradición del Señor.

Y no creas, hermano carísimo, que escribo esto por mi humana voluntad o que me tomo esta tarea espontáneamente, pues tengo siempre en cuenta mi mediocridad con humilde y modesta moderación. Mas cuando se manda algo por inspiración y precepto del Señor, preciso es que el siervo fiel obedezca al Señor, y está excusado en la conciencia de todos, porque no se toma arrogantemente ninguna potestad y porque se ve constreñido a temer la ira del Señor si no hace lo que se le manda.

Sepas que he sido amonestado de que se guarde la tradición del Señor en el ofrecer el cáliz y de que no se haga otra cosa sino lo que el Señor hizo primeramente por nosotros; es, a saber, que el cáliz que se ofrece en conmemoración suya se ofrezca mezclado con vino. Pues al decir Cristo: “Yo soy la verdadera vid”, la Sangre de Cristo no es ciertamente el agua, sino el vino. Y no puede creerse que su Sangre, con la cual hemos sido redimidos y santificados, está en el cáliz cuando en el cáliz falta vino, bajo cuya figura se manifiesta la Sangre de Cristo, según está anunciado por medio de símbolos y con el misterio y testimonio de todas las Escrituras ⁸³.

No se necesitan muchos argumentos, hermano carísimo, para probar que con el nombre de agua siempre se ha significado el bautismo y que así lo debemos entender nosotros, puesto que el Señor, cuando vino, no manifestó la verdad del bautismo y del cáliz, porque mandó que a los creyentes se les diera en el bautismo aquel agua de fe, agua de vida eterna, y por el contrario, enseñó con el ejemplo de su magisterio que en el cáliz hay mezcla de vino y agua. Pues tomando el cáliz el día antes de la pasión lo bendijo y lo dio a sus discípulos diciendo: “Bebed de él todos. Porque ésta es la Sangre del Nuevo Testamento que será derramada por muchos para remisión de los pecados. Os digo que no beberé ahora de este producto de vino hasta el día aquel en que beba el nuevo en el reino de mi Padre”. En este texto encontramos que fue un cáliz, en el que había mezcla, el que el Señor ofreció, y que fue al vino a lo que él llamó Sangre. Por donde se ve que *no se ofrece la Sangre de Cristo si falta en el cáliz el vino, ni se celebra el sacrificio con la consagración legal del Señor, si nuestra oblación y sacrificio* ⁸⁴ *no respondiere a la pasión. Mas ¿cómo beberemos del producto de la vid el nuevo vino junto con Cristo en el reino del Padre, si no ofrecemos el vino en el sacrificio del Padre y de Cristo, ni mezclamos el cáliz del Señor según la tradición del Señor?*

También el bienaventurado Pablo, elegido y enviado por el Señor y constituido predicador de la verdad evangélica, pone estas mismas cosas en su carta cuando dice: “El Señor Jesús, en la noche en que era entregado, tomo el pan y dio gracias y lo partió y dijo: Este es mi Cuerpo, que es para vosotros. Haced esto en memoria mía. Asimismo tomó también el cáliz, después que hubieron cenado, diciendo: Este cáliz es de nuevo pacto de mi sangre; cuantas veces bebiereis haced esto en recuerdo mío. Pues cuantas veces comiereis este pan y bebiereis el cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga”. Si, pues, el Señor manda, y el Apóstol ratifica y transmite por tradición esto mismo; es, a saber, que siempre que bebiéremos el cáliz hagamos en recuerdo del Señor aquello mismo que el Señor hizo, resulta que no observamos lo que mandó si no hacemos también nosotros lo mismo que el Señor practicó: no apartándonos del magisterio divino, es decir, mezclando el cáliz de igual manera que El.

Que no debemos apartarnos en absoluto de los preceptos evangélicos y que los discípulos hemos de observar y hacer lo que el Maestro enseñó y realizó, el Apóstol lo indica cuando dice: “Me admiro de que así tan pronto, apartándoos de Aquel que os llamó a la gracia, os

paséis a otro Evangelio, que no es otro, sino que son algunos que os conturban y quieren trastornar el Evangelio de Cristo. Mas aunque yo o un ángel del cielo os evangelizare otra cosa de lo que os he evangelizado, sea anatema, como antes he dicho y ahora os digo de nuevo: si alguno os anunciare otra cosa de lo que se os ha enseñado, sea anatema”.

Así pues, como sea que ni un ángel del cielo puede anunciar y enseñar otra cosa que lo que una vez Cristo enseñó y sus apóstoles anunciaron, me admiro mucho y no sé de dónde se ha tomado, contra las enseñanzas evangélicas y apostólicas, la costumbre de ofrecer en algunos lugares agua en el cáliz del Señor, la cual sola no puede reproducir la Sangre de Cristo.

Tampoco el Espíritu Santo silencia en los Salmos este misterio al hacer mención del cáliz del Señor, pues dice: “Tú cáliz embriagador es muy bueno”. Más el cáliz que embriaga tiene mezcla de vino ciertamente, pues el agua no puede embriagar a nadie. El cáliz del Señor embriaga, como también Noe en el Génesis se embriagó al beber el vino. Pero como la embriaguez del cáliz y la Sangre del Señor no es igual que la embriaguez del vino del mundo, al decir el Espíritu Santo en el Salmo “tu cáliz embriagador”, añadió “muy bueno”, *porque el cáliz del Señor embriaga de tal suerte que hace sobrios a los que beben, y endereza sus mentes a la espiritual sabiduría, de manera que todo el que lo bebe se torna cuerdo apartándose de este sabor del mundo y elevándose a la comprensión de Dios, y al modo como con este vino vulgar la razón se pierde, se rebaja el espíritu y toda tristeza se aleja, así también bebiendo la sangre del Señor y el cáliz de salud, se pierde el recuerdo del hombre viejo y se olvida la anterior conducta mundana y el corazón atribulado y triste, que antes estaba oprimido por los pecados punzadores, se dilata con la alegría de la divina indulgencia.* Este cáliz, finalmente, sólo puede alegrar al que lo bebe en la Iglesia del Señor, si lo que se bebe mantiene la verdad del Señor.

¡Qué cosa más abominable es y cuán contraria a la tradición el que, habiendo hecho el Señor en las bodas vino del agua, nosotros hagamos agua del vino! Siendo que el simbolismo de aquel milagro nos debe amonestar y aleccionar de que en los sacrificios del Señor hay que ofrecer más bien vino. Porque entre los judíos había llegado a faltar la gracia espiritual, también llegó a escasear el vino, pues la viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel.

Mas Cristo, al enseñar y anunciar que los pueblos de los gentiles serían sus sucesores y que nosotros llegaríamos después, por el mérito de la fe, al lugar que los judíos habían perdido, convirtió el agua en vino: esto es, dio a entender que al perder los judíos sus derechos a las bodas de Cristo y de la Iglesia, afluiría y se congregaría más bien en ellas el pueblo gentil.

Pues el que por las aguas se significan los pueblos gentílicos, lo declara la Escritura divina en el Apocalipsis cuando dice: “Las aguas que has visto, sobre las que se asienta aquella meretriz, son los pueblos, y la turba, y las razas, y las lenguas de los gentiles”. Todo esto vemos que se contiene dentro del simbolismo del cáliz.

Y por cuanto a todos nosotros nos llevaba sobre sí Cristo, que también llevaba a sus espaldas nuestros pecados, vemos que por el agua se entiende el pueblo, mas en el vino se representa la Sangre de Cristo.

Ahora bien, *cuando se mezcla en el cáliz el agua con el vino, el pueblo se une con Cristo, y la multitud de creyentes se funde y se junta con Aquel en quien ha creído. La cual unión y mezcla del agua con el vino se hace en el cáliz del Señor tan estrechamente que aquella unión ya no puede deshacerse.* Por consiguiente, a la Iglesia; esto es, al pueblo, que está dentro de la Iglesia y que persevera fiel y firmemente en aquello que creyó, ninguna cosa le podrá separar de Cristo, siéndole impedimento para no estarle siempre adherido y para no permanecer siempre indiviso el amor.

Mas, del mismo modo, al ser consagrado el cáliz del Señor no puede ofrecerse, agua sola como tampoco puede ofrecerse sólo vino. Pues, *si uno ofrece vino solamente, hay Sangre de Cristo sin nosotros. Mas, si sólo se pone agua, hay pueblo sin Cristo.* Ahora bien, cuando se mezclan los dos elementos y una vez confundida la mezcla se hacen una misma cosa, entonces se realiza el misterio (sacramentum) espiritual y celestial.

Mas de este modo el cáliz del Señor no es agua sola o vino sólo, a no ser que una y otra cosa sola se entremezclen, así como ni el Cuerpo del Señor puede ser sola harina o agua sola, a no ser que una y otra se hayan unido, juntado y consolidado en la composición del pan.

En este mismo misterio se representa la unión de nuestro pueblo; así como muchos granos reunidos en una masa y molidos y mezclados hacen un solo pan, tengamos entendido que del mismo modo en